

# Mi abuela Petra

Claudia Elena Vidal de Gasparini

*A la memoria de mi abuela Petra*

¿Por dónde empezar para hablar de un ser tan importante como fue la abuela Petra en mi vida? Podría decirles que había nacido un 2 de junio de 1895 en un pueblo de León y que a principios de siglo, siendo adolescente, se vino con todas las hermanas González a la Argentina, que se casaron algunas de ellas con algunos hermanos Vidal, y así se formó la gran familia Vidal-González. La abuelita Petra tenía nueve hermanos, que no todos vinieron a la Argentina. Petra, su nombre, sonaba fuerte, sólido y con personalidad, fue una mujer de mucho carácter y temperamento; tenían una lechería con mi abuelo Alberto. Cuando mi papá, Osvaldo, salía del colegio, con siete años, se iba a repartir leche, y él, orgulloso, le contaba a sus hijas, muchos años después, que a los siete años vendía leche y sabía leer y escribir a la perfección.

La lechería, en un momento se convirtió en una especie de bar, yo no lo alcancé a conocer, pero habían quedado algunas sillas del bar y una mesita redonda con un mármol blanco, que siempre era motivo para que mis abuelos hablaran del bar y de la lechería que habían tenido tantos años, en el hermoso barrio de La Paternal. Dije que Petra había nacido un 2 de junio, pero como buena española, celebraba su cumpleaños el día 29 de junio, festividad de San Pedro y San Pablo. No me puedo olvidar la taza de chocolate que hacía, único e irreplicable para mí, y para todos los que la iban a saludar el día de su santo, lo servía en un juego de tazas especial que le habían traído de España y sólo lo sacaba los 29 de junio. El chocolate lo servía con churros y después la torta, yo esperaba ansiosamente el 29 de junio para tomar el chocolate de ella. Creo que le ponía un poco de maizena<sup>1</sup> para espesarlo, pero mi abuelita guardaba los secretos culinarios y no se los contaba a nadie.

<sup>1</sup> Conocida marca comercial de harina de maíz, especial para pastelería. (N.E.)

El día de su cumpleaños, todos le traían de regalo bombachas, perfumes y jabones, la abuelita los coleccionaba y yo después jugaba con todos sus regalos. La abuela tenía tres nietos, dos varones y yo, y por ser la única nena, todos los mimos eran para mí, por lo menos así lo sentía yo. Y sí..., mi abuela era única e irreplicable. Pobre abuela, le hice muchas travesuras. Tenía una casa especial para hacer travesuras: vivía en la calle Trelles, a una cuadra de la Avenida San Martín, en una casa con muchos departamentos adelante y un pasillo largo, largo, hasta llegar a la casa de ella.

Su casa tenía un portón hermoso, pintado de verde inglés, de chapa dura y fuerte, con dos hojas y había un gran patio, lleno de plantas, las mejores que vi en mi vida, muy luminoso, con una escalera que iba a un cuartito y a la terraza. ¡La escalera! Sí, para qué negarlo, la escalera era mi locura para jugar: subía y bajaba veinte veces por día. Además, el cuartito era mi centro para hacer travesuras, yo me sentía dueña absoluta de ese lugar. Me encantaba ir al cuartito a jugar, era mi mundo, era el mejor lugar del mundo donde yo podía estar.

Y sucedió una vez, que subiendo las escaleras, tendría cinco o seis años, no más, empecé a jugar con los barrotes de la escalera y fui metiendo la cabezita de a poco y cuando me quise dar cuenta, no podía sacar la cabeza, la tenía puesta entre reja y reja. ¡Ay, pobre abuela! Salió con su bastón a pedir ayudar y llamaron los vecinos a los bomberos, para sacarle la cabeza a su nieta, que estaba colocada muy tranquila entre las rejas. Llegó un bombero, que muy dulcemente me fue acomodando la cabeza, hasta que logró sacármela de las rejas. ¡El susto que se llevó Petra! Y yo estaba lo más tranquilita y me reía de verdad. No fui consciente de lo que había hecho; sí recuerdo el gesto serio y preocupado de mi abuela que no me podía sacar la cabeza de la reja.

Ni les cuento, el día que fui a parar abajo del ropero del cuarto de ella. ¡Sí, sí! fui a parar al piso del ropero. Sucedió que ella tenía una hermosa cama matrimonial de bronce, bien alta, con un resorte que rebotabas hasta el techo, y a mi me encantaba saltar y saltar descalza en esa cama. Una noche, mi abuela me baña y cuando terminamos con el baño, me lleva a la cama de ella para vestirme y yo empiezo a saltar, primero despacito y después más rápido, más rápido. La abuela en un descuido se va al baño, y yo creo que toqué el techo del salto que di y fui a parar abajo del ropero, entre el piso del dormitorio de madera de pinotea y el piso del ropero.

Recuerdo que mi abuela sale del baño, y no me encuentra y empieza a llamarme “¿Claudia, Claudia, nena, dónde estás?”. Yo tendría cinco años más o menos y le grité “¡Abuela estoy acá!”. Se imaginan el susto pobrecita que se dio, pero esta vez me sacó ella sola, o creo que le pidió ayuda a una hermana de ella, para sacarme de abajo. Recuerdo que estaba en camiseta y bombachita, mi abuela me iba a poner el pijama, y la verdad que aunque no me crean era una niña muy tranquila, jugaba mucho sola, en mi mundo de fantasías.

Recuerdo que en la casa de Petra vivían muchos abuelos, todos los hermanos de ella que se fueron quedando viudos o solteros, venían a parar a la casa de Petra. En un momento vivían Concepción, Manuela, Ángel, Luis y la abuela Petra, todos hermanos, cuatro de ellos viudos y el tío Luis soltero, en la casa de la abuela. En una pieza muy grande dormían las tres mujeres y yo cuando me quedaba con ellos y en la otra los dos hermanos varones. Claro, ahora que soy grande, me doy cuenta que Luisito, el tío más joven, era un pícaro y salía mucho de noche, y la abuela le protestaba y lo trataba como un chico y yo no entendía por qué. Con los años uno aprende muchas cosas... Y me di cuenta por qué la abuela lo retaba, ¡era un picaflor terrible! Y ahora, viendo a mi hijo Juan Pablo, veo lo parecido que es físicamente y tal vez en su personalidad al tío Luis.

Si algo tengo que recordar de la abuela eran sus comidas, nunca en mi vida comí las milanesas y el puré que hacía ella. El puré era una crema espectacular, la abuela lo batía, muchas veces y creo que algo le ponía y las milanesas bien finitas, pasadas dos veces por pan rallado. También se me hace agua la boca al recordar el arroz con leche, ella me contaba que cuando era chica, su mamá se lo cocinaba, con alguna ramita de vainilla y canela.

Como no podía caminar bien, a los setenta años se había fracturado la cadera, andaba con bastón y me mandaba a hacer las compras, especialmente la carne, frutas y verduras. Era una mujer increíble, a veces de lejos ya sabía la mercadería que traía y si estaba buena o mala, olía la fruta y me decía, “esa manzana es arenosa” y yo le decía, “pero... abuela ¿cómo lo sabes, si ni si quiera la viste?”.

Todo lo que hacía en la cocina era perfecto, y además muy limpia y ordenada, los trapos blancos, parecían las nubes bajadas del cielo. Los fregaba muchas veces con jabón blanco y los ponía al sol en ese patio luminoso de la calle Trelles 2415.

Los domingos eran los días de Lotería Familiar; sacábamos la lotería de una bolsita de tela, con los cartones y los números de madera, nos sentábamos todos, los abuelos y yo, a veces había visitas y también jugaban. Poníamos una moneda, cada uno de los que jugábamos a la lotería, y en el centro de la mesa, se armaba el pozo común y comenzábamos a jugar. Siempre entre los viejitos había discusiones, “que marcá el número”, “que hacés trampa”, “que apurá-te... ponéte los anteojos, no ves nada...”. Era una locura, pero muy divertida. Nos pasábamos horas jugando a la lotería, y si mi abuelita ganaba, siempre me daba las monedas a mí.

Hoy, en honor a mis abuelos, quiero hablar de lo que fue su llegada al país, un país tan distinto al que hoy vivimos. Ellos llegaron con los bolsillos vacíos, pero llenos de esperanzas, trabajaban muchas horas por día, comían un huevo frito adentro de un pan, no tenían comedores comunitarios, ni planes,

ni subsidios y después de varios años de trabajo compraban un terrenito y allí entre varios paisanos ponían ladrillo sobre ladrillo y construían buenas casas. Apenas les quedaba tiempo para dormir, por lo tanto, el agotamiento, impedía que se llenen de hijos a los que no hubieran podido mantener; no tenían educación sexual, tenían cansancio y responsabilidad. Nunca se les pasó por la cabeza la idea de ir a “pedir” una vivienda digna, ni un plan, su vida era el trabajo honesto de sol a sol. Así los recuerdo a Petra y a Alberto, mis abuelos, y lo digo con mucho orgullo.

Llegaban primero los hombres, alquilaban entre varios una pieza, para compartir los gastos. y recién cuando tenían empleo y posibilidades, mandaban a llamar a sus esposas. Vinieron con la idea de “doblar el lomo” y así nos enseñaron a luchar sin pedir, a trabajar, a estudiar, a ser honestos, y a forjarnos un futuro.

Si algo la llenaba de orgullo a la abuela Petra, era por cierto, que su nieta era “maestra”. Para ella, era lo mejor que yo podía ser, seguramente en mí concretó sueños que tal vez ella tendría escondidos en su corazón. Hoy recuerdo con qué orgullo le contaba a sus vecinos que la nieta era maestra y que trabajaba en escuelas humildes.

Siempre, noté cierta nostalgia en ella, con respecto a su pueblo y a su gente, no quería hablar mucho de España, porque sabía que nunca iba a volver a su tierra. Y tenía razón, murió con noventa y seis años sin haber podido viajar y reencontrarse con sus raíces, seguramente no estaría tan sola, porque como les conté estaban sus hermanos, sobrinos, hijos, nietos, pero imagino que en su corazón le habría gustado volver a España. Cuando le preguntábamos de donde era, ella con su frente alta nos decía: “pero pues, yo soy de la región de León”.

Nadie pudo volver a España: ni ella, ni el abuelo Alberto, ni sus hermanos, imagino que les quedó un vacío inmenso en sus vidas.

Para ir finalizando mi relato, quiero recordar unas palabras que escuché referidas a los abuelos:

“Nadie puede hacer por los niños lo que hacen los abuelos: Salpican una especie de polvo de estrellas sobre sus vidas” (Alex Haley).

Es verdad lo que dijo Haley, cada vez que yo iba a la casa de la abuela Petra sentía que todo era mágico, que estaba salpicada por el polvo de estrellas, que mi vida tenía otra dimensión, y que los ojos de mi abuelita me miraban con ternura, y yo sabía que mientras estuviera con ella, nada malo me sucedería.

¡Muchas gracias, abuela, por tanto amor recibido!